



Por Armando Vega-Gil | permanencia@m-x.com.mx
www.myspace.com/armandovegagil

permanencia
involuntaria

Verdades que matan

* Músico,
cineasta y
escritor.
Fundador del
grupo de rock
*Botellita de Je-
rez* e integrante
de *El Palomazo*

Hace unos años, cuando el zapatismo era todavía abrazado por enormes grupos de entusiastas del país y del mundo que, ante la belleza trágica de su poesía, quedaban fascinados o heridos en el alma; cuando activistas, artistas e intelectuales visitaban cotidianamente las comunidades insurgentes de la selva chiapaneca para entender su esencia y de algún modo colaborar en la resistencia indígena que tanto les simpatizaba, muchos cineastas hollywoodenses coquetearon con la posibilidad de hacer un filme épico que nos mostrara la verdad agazapada tras los pasamontañas. Mostrárnosla a todos, a los convencidos y a los que dudaban, a los aliados y a los enemigos, con ese poder del cine de conmover hasta a las piedras, de posibilitar que el público se apropie del dolor ajeno durante dos horas, ese dolor que nos pasa por alto en los noticieros, que apenas nos hace volver el rostro cuando vemos desde el mullido asiento de un automóvil alguna tragedia al otro lado del parabrisas.

Jamás ocurrió. Para Hollywood y sus leyes de mercado, el zapatismo aún no maduraba como una historia cerrada: era una revolución inconclusa sin final feliz, sin final terrible. El Sub aún no moría para poder hacer de él una figura mítica y el encanto de la revolución se iba apagando lentamente hasta aislarse en su propia realidad. Los grandes estudios no veían cómo hacer fortuna con el infortunio de la selva Lacandona.

—Lo sentimos mucho... A lo que sigue —habrán dicho los magnates del celuloide

apoltronados detrás de sus escritorios.

Y así ocurre con muchísimas más historias que nos andan quemando la carne. Por ejemplo, una anécdota —vaya concepto más envilecedor y frívolo para algo tan monstruoso: “anécdota”— susceptible de volverse un filme es el de las mujeres asesinadas a mansalva en Ciudad Juárez.

Por allí hay cintas engañosas o *video-homes* que han querido abreviar en el escándalo o en el morbo para hacer de la tragedia un entretenimiento industrial y han encallado.

En cambio, hay otras hechas por cineastas valientes, como *Señorita desaparecida* de Lourdes Portillo, o el corto *El otro sueño americano* de Enrique Arroyo, o el nuevo proyecto de Carlos Carrera. Se trata de denuncias poderosas y comprometidas que la industria de los exhibidores han preferido no sumar a sus carteleras en favor de filmes multimillonarios cuyo único fin es entretener.

Por eso, cuando vemos en cartelera una película hollywoodesca que aborda este tema aterrador con estrellas como Jennifer López y Antonio Banderas en el *casting* (¿cuánto habrán cobrado por sus actuaciones?), nos llenamos de sospecha, de incertidumbre, de un prejuicio indignado. ¿Podrá haber un final feliz o

una mitificación épica de algo que está pisoteando hoy a nuestras mujeres? Pues cuando se golpea a una mujer, se golpea a todas; cuando se asesina a una mujer, se asesina a todas; porque en los sótanos del dolor y el abandono, una mujer frente a otra es su espejo y la abraza y la auxilia, allá, en la matriz de la tierra, donde todas las mujeres son hermanas.

¿Verdades que matan logrará sensibilizar más que la propia pesada realidad a las pútridas esferas de poder de Estados Unidos o de México para que cese el genocidio?

Gregory Nava, director y guionista de *Verdades que matan*, tiene buenas intenciones, quiere hacer una denuncia de la maquinaria de corrupción que infecta ese laboratorio del Mal Radical en que se ha convertido Juárez. Nos muestra de modo convincente la miseria oprobiosa de las ciudades fronterizas; nos deja asomarnos apenas a la bestial explotación a la que someten las maquiladoras a sus jóvenes trabajadoras; habla tímidamente sobre cómo el gobierno y las autoridades regionales protegen a los asesinos, y cómo estos se reproducen sin que se les ponga un alto. Pero aún así Nava debe transigir con las reglas de cine industrial, y dejamos la sala insatisfechos, con la sensación de que no nos han contado la verdad. Esa verdad que está allí, inconclusa, sin final feliz ni héroes, sólo víctimas y victimarios que jamás aparecerán con sus rostros en las pantallas de los cines, sin podernos hacer sentir el dolor sin nombre al que son sometidas nuestras mujeres día a día en aquel laboratorio del Mal Radical. ¶

VERDADES QUE MATAN
EU-Reino Unido, 2006.
Dir. Gregory Nava. Con Maya
Zapata, Jennifer López
y Antonio Banderas